

## EDITORIAL

### EL TRABAJO HUMANO, CLAVE DE LA CUESTION SOCIAL

La encíclica "Laborem Exercens" ha sido escrita y publicada con ocasión del noventa aniversario de la "Rerum Novarum" de León XIII, el pontífice de la "cuestión social". Es ya una tradición del Magisterio social de la Iglesia publicar los grandes documentos sociales con ocasión de los diversos aniversarios de la "R.N.". Así vemos que en el cuarenta aniversario de esta encíclica apareció la "Quadragesimo Anno", en el setenta aniversario la "Mater et Magistra" y en el ochenta aniversario la "Octogesima Adveniens".

En todos estos grandes documentos sociales de la Iglesia aparece en la exposición de motivos del documento un mismo tema: la llamada "cuestión social" que no es otra cosa que el nivel de justicia-injusticia social en que se encuentra y vive la sociedad humana, a escala nacional y a escala mundial, en un momento histórico determinado.

Por eso la lectura en profundidad de una encíclica como "L.E." despierta o puede despertar en el lector un doble interés. Por una parte, el interés de ver cuál es el actual grado de sensibilidad que la Iglesia tiene sobre las actuales situaciones de justicia-injusticia social en ese período histórico y, por otra, el interés de conocer cuál es su planteamiento y reflexión antropológico-teológica sobre los problemas sociales, en contraste con el análisis científico de los mismos y las soluciones técnicas propias de los expertos en ciencias sociales.

Porque "no corresponde a la Iglesia analizar científicamente las posibles consecuencias de los cambios (sean técnicos, económicos, políticos...) en la convivencia humana. Pero la Iglesia considera deber suyo recordar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, denunciar las situaciones en las que se violan dichos derechos y contribuir a orientar estos cambios, para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad" (I,1).

Situado en esta perspectiva de presente y de futuro Juan Pablo II comienza su encíclica con una dedicatoria que tiene mucho de opción fundamental: "deseo dedicar —dice— este

## EDITORIAL

documento precisamente al trabajo humano, y más aún deseo dedicarlo al hombre en el vasto contexto de esa realidad que es el trabajo" (I,1).

Pero esta sencilla dedicatoria opcional a favor del "hombre-trabajador" arranca de una profunda convicción de Juan Pablo II de que hoy especialmente "el trabajo es una clave", quizás la clave esencial, de toda la cuestión social si tratamos de verla verdaderamente desde el punto de vista del bien del hombre. Y si la solución gradual de la cuestión social cada vez más compleja debe buscarse en la dirección de hacer la vida humana más humana" (I,3).

Este texto tiene la importancia de que nos da la clave de lectura e interpretación de la encíclica "L.E.". Y es que todos nosotros consciente o inconscientemente leemos la realidad y la interpretamos con nuestros propios ojos, nuestras propias claves de lectura e interpretación. Y lo mismo hacemos con los documentos pontificios.

Pero hay que reconocer también que el hecho de adoptar una determinada clave de lectura e interpretación de la "cuestión social" y elaborar desde ella, como ha hecho Juan Pablo II, un documento doctrinal tiene sus consecuencias. La primera consecuencia es que los destinatarios de "L.E." y de su mensaje son todos los hombres que trabajan, creyentes e increyentes, se encuentren trabajando en un país capitalista o de economía colectivista. Y esto, no sólo por la dedicatoria inicial de la encíclica que dice: "A los venerables hermanos en el episcopado... y a todos los hombres de buena voluntad", sino también por el amplio concepto de trabajo del que se parte (I,1;II,9) que va desde el trabajo manual hasta el trabajo científico pasando por el trabajo doméstico y el correspondiente a las más diversas profesiones liberales.

La segunda consecuencia consiste en que desde la clave elegida por Juan Pablo II en "L.E.", el problema del trabajo (de la "cuestión social") no es ya sólo el problema de una clase social, la clase obrera, como pudo ser en los tiempos de León XIII; ni es sólo un problema de un sistema económico determinado (capitalista o colectivista) o de una ideología determinada, liberal o marxista. Se trata de que siempre existe "el peligro de considerar el trabajo (al hombre que trabaja) como una mercancía sui generis, o como una anónima fuerza necesaria para la producción, especialmente cuando toda la visual de la problemática esté caracterizada por las premisas del economismo materialista" (II,8).

La tercera consecuencia de haber adoptado el trabajo humano (el hombre) como clave esencial de la "cuestión social", supone que Juan Pablo II se sitúa en un plano ético-

religioso y consiguientemente fuera de los dos grandes sistemas económicos (capitalista y colectivista) que dominan la economía mundial, así como al margen de los dos bloques ideológicos que les sustentan.

Y este situarse al margen o por encima de los dos grandes sistemas económicos, no creemos que responda puramente a una opción metodológica de Juan Pablo II para elaborar la encíclica "L.E.", sino que responde a algo mucho más profundo como es su propia concepción antropológica del hombre. Dos juicios de valor tomados del discurso en Puebla de los Angeles (México) nos lo confirman:

"No es, pues, por oportunismo ni por afán de novedad por lo que la Iglesia, experta en humanidad (Pablo VI), es defensora de los derechos humanos. Es por un auténtico compromiso evangélico... Fiel a este compromiso, la Iglesia quiere mantenerse libre frente a los opuestos sistemas, para optar por el hombre".

"...La verdad completa sobre el ser humano constituye el fundamento de la enseñanza social de la Iglesia, así como es la base de la verdadera liberación. A la luz de esta verdad no es el hombre un ser sometido a los procesos económicos, sino que esos procesos están ordenados al hombre y sometidos a él".

Una cuarta consecuencia de esa opción por el "hombre-trabajador" como clave interpretativa de la "cuestión social", y de la posición equidistante de los dos grandes sistemas económicos opuestos que mantiene Juan Pablo II a lo largo de "L.E." consiste en que en esta encíclica no se propone una "tercera vía católica", entendida como un tercer sistema económico alternativo al capitalismo liberal y al marxismo, como algunos agudos comentaristas han querido insinuar. No negamos que otras encíclicas o documentos del Magisterio social de la Iglesia hayan podido dar pie a una interpretación alternativa. Más aún debemos luchar por lograr un sistema económico en el que el verdadero sujeto de la economía sea el hombre.

Se podrá estar más o menos de acuerdo con la clave de lectura e interpretación de la "cuestión social" desde la que Juan Pablo II ha redactado su encíclica "Laborem Exercens", pero en esa clave interpretativa y en las consecuencias que de ella se derivan está a nuestro juicio la mayor novedad de esta encíclica. Leerla desde otras claves que también son lícitas es exponerse a no entender plenamente su verdadero mensaje social.

Sin embargo, el hecho de que toda la encíclica "L.E." se centre sobre el trabajo humano o, mejor dicho, sobre la persona humana que realiza una actividad laboral, no quiere decir

## EDITORIAL

que sea un documento abstracto que se refiere a una especie de hombre "robot", imaginario o que sólo existe en la mente de Dios, del antropólogo o del teólogo, sino todo lo contrario.

Juan Pablo II se dirige al hombre histórico, concreto, sea agricultor o trabajador del campo con los sentimientos de "ser socialmente un marginado" (IV,21); al que es emigrante permanente o temporero en situación de "desventaja en el ámbito de los derechos humanos" frente a los nativos del país de inmigración (IV,23); al que es minusválido y por eso sufre al buscar trabajo una "grave discriminación, la de los fuertes y sanos frente a los débiles y enfermos" (IV,22); al que es joven, soltero o cabeza de familia, con escasa formación cultural o con una formación técnica y profesional universitaria, pero que "no logra encontrar un puesto de trabajo y está en paro", recibe un subsidio de paro o ha perdido ya ese derecho (IV,18).

La encíclica "L.E." se refiere también al hombre intelectual, al científico o investigador que hace avanzar el progreso de la técnica que "puede transformarse de aliada en adversaria del hombre" cuando le suplanta, le quita satisfacción personal, creatividad y responsabilidad o cuando "quita el puesto de trabajo a muchos trabajadores antes ocupados" (II,5).

Juan Pablo II se dirige también al "empresario directo", persona física y al "empresario indirecto", es decir a las personas gestoras del bien común que tienen la responsabilidad de "determinar una política laboral correcta desde el punto de vista ético" (IV,17). Y por supuesto se dirige a los líderes sindicales o miembros de los sindicatos que a su juicio "son reflejo de la estructura de clase de la sociedad y exponente de la lucha de clases", aunque no sean sólo eso (IV, 20).

Pero como todos los hombres nos encontramos inmersos, consciente o inconscientemente en una u otra ideología y desarrollamos una actividad laboral, cultural o profesional dentro de un sistema económico determinado, la encíclica afronta con realismo la problemática del trabajo humano a nivel estructural. Y es aquí donde aparece, a nuestro juicio, una segunda novedad de fondo de la "L.E."

Uno de los colaboradores de este número de Revista de Fomento Social indica cómo por primera vez en la "L.E." se analizan y estudian el capitalismo y el socialismo en una forma simétrica, rompiendo una larga tradición en el pensamiento social de la Iglesia de un tratamiento asimétrico de ambos, en el que el socialismo recibía una descalificación, por no decir una condena, mucho más contundente que el capitalismo.

En la misma línea otro experto en doctrina social de la Iglesia dice que la novedad está, sobre todo, en el juicio de valor

comparativo que Juan Pablo II hace en la encíclica del capitalismo y del colectivismo. El conflicto o la antinomia entre capital y trabajo tiene su origen precisamente en el error del economismo y del materialismo que es común en los dos sistemas.

Más aún, en la subordinación de los valores humanos a la realidad material que supone el error del economismo y del materialismo Juan Pablo II atribuye mucha más responsabilidad al capitalismo que al colectivismo cuando afirma: "Parece... que el economismo haya tenido una importancia decisiva y haya influido precisamente sobre tal planteamiento no humanístico de este problema, antes del sistema filosófico materialista". Si bien más adelante y como precisando su pensamiento añade: "También en el materialismo dialéctico el hombre no es ante todo sujeto del trabajo, causa eficiente del proceso de producción, sino que es entendido y tratado como dependiendo de lo que es material, como una especie de resultante de las relaciones económicas y de producción predominantes en una determinada época" (III,13)

El mismo esquema y el mismo juicio valorativo simétrico de los dos grandes sistemas económicos opuestos se mantiene en la encíclica al afrontar el tema superconflictivo de la propiedad privada de los medios de producción. Y también aquí se advierte un aspecto novedoso. Por primera vez en la larga historia del Magisterio social de la Iglesia se reconoce por un pontífice que en un sistema económico de tipo colectivista "el grupo dirigente y responsable puede cumplir su cometido de manera satisfactoria desde el punto de vista de la primacía del trabajo". Pero Juan Pablo II, buen conocedor del funcionamiento real del sistema económico colectivista en los países del Este como Polonia, se ve obligado a decir a continuación que ese grupo dirigente también "puede cumplir mal (su cometido), reivindicando para sí mismo el monopolio de la administración y disposición de los medios de producción, y no dando marcha atrás ni siquiera ante la ofensa a los derechos fundamentales del hombre" (III,14).

Algunos comentaristas han querido ver una "novedad" (!) en la "L.E." por el sólo hecho de que no cita ni una sola vez a la "Octogesima Adveniens" de Pablo VI o por la extrañeza de que Juan Pablo II haya lanzado un mensaje de valor universal en su encíclica, mientras que Pablo VI decía hace sólo diez años:

"Frente a situaciones tan diversas nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es este nuestro propósito ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país... deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción".

## EDITORIAL

Este dato de "omisión" de la "Octogesima Adveniens" y el aparente contraste entre un mensaje de valor universal y otro de valor o alcance particular, creemos que no supone novedad alguna en el sentido de un progreso o un retroceso de la encíclica "Laborem Exercens" respecto a la "Octogesima Adveniens". La verdadera explicación de este contraste hay que buscarla en el diverso planteamiento de la problemática social en ambos documentos.

La "Octogesima Adveniens" es un documento eminentemente pastoral, cuyos destinatarios son el cardenal Mauricio Roy, como presidente del Consejo para los seglares y de la Comisión Pontificia "Justicia y Paz", y las comunidades cristianas conscientes de su responsabilidad en la sociedad. La encíclica "L.E." no es un documento estrictamente pastoral, aunque sí es un documento importante a tener en cuenta en todo programa serio de pastoral social o sociopolítica.

Los destinatarios de la encíclica, como ya hemos indicado, son todos los hombres creyentes e increyentes, en cuanto personas humanas que desarrollan una actividad laboral. De ahí que el mensaje de "L.E." sea un mensaje moral de alcance universal. Pero es que además Juan Pablo II dice en la primera parte de la encíclica "L.E." que su objetivo no es "repetir y recoger lo que ya se encuentra en las enseñanzas de la Iglesia" (1,3), aunque escribe su encíclica "en conexión orgánica con toda la tradición de tales enseñanzas e iniciativas" (1,2).

Creemos que es una manera de decirnos que el magisterio universal que supone "L.E." no anula el magisterio social de sus predecesores ni pretende suplir otras competencias, como pueden ser las de las Iglesias locales, la competencia de los teólogos y la más específica de los seglares (científicos, técnicos, economistas, sindicalistas, obreros, etc.) que viven mucho más de cerca los actuales problemas del mundo del trabajo.

En este sentido nos parece muy iluminadora la observación al respecto del Arzobispo de Milán, Mons. C.M. Martini, para quien la encíclica "L.E." deja varios problemas abiertos al diálogo y a la colaboración, "como la definición rigurosa de las relaciones entre el acercamiento científico a los fenómenos del trabajo y el acercamiento creyente... Si no se encuentra el modo de intensificar el diálogo entre creyentes e increyentes y de crear los instrumentos de confrontación y de búsqueda del consenso entre los creyentes, la voz de la encíclica corre el riesgo de quedar aislada y por lo tanto desproporcionada de cara a la variedad y movilidad de los problemas del trabajo".